Reseñas

Elías José Palti (comp. e intr.), *La política del disenso. La "polémica en torno al monarquismo" (México, 1848-1850)... y las aporías del liberalismo*, Fondo de Cultura Económica, México, 1998.

El libro de Elías José Palti tiene el gran mérito de recuperar "uno de los capítulos más apasionantes y al mismo tiempo menos conocidos de la historia intelectual mexicana" (p. 58): la polémica periodística que se desató, tras la humillante derrota frente a Estados Unidos, con la aparición de *El Universal* en noviembre de 1848. Los textos recopilados por Palti retratan, con todas sus angustias y ansiedades, esa profunda "crisis de conciencia" que ha descrito Charles Hale, pero de la que nos hemos ocupado poco, prefiriendo leer las presidencias de José Joaquín de Herrera y Mariano Arista como un periodo gris, casi inmóvil, en el que

todos esperaban a Santa Anna. Asimismo, Palti desbarata —o, lo que es mejor, permite que los mismo actores históricos desbaraten a través de sus textos— la imagen maniquea pero persistente de lo que fue el conflicto liberal-conservador a lo largo del siglo XIX, como una lucha entre "dos épocas diversas yuxtapuestas sólo accidentalmente: una pasada que se negaba a morir, y otra futura que aún no alcanzaba a definirse" (p. 10).

Así, después de leer la compilación de Palti, es difícil imaginarse a los redactores de *El Universal* de 1848-1850 como "cristianos del siglo IV [...] atavismos políticos, literarios y religiosos", tal y como describiría condescendentemente Vicente Riva Palacio a Ignacio Aguilar y Marocho más de 20 años después.¹

¹ Vicente Riva Palacio, *Los Ceros. Galería de contemporáneos*, obra coordinada por José Ortiz Monasterio, Instituto de Investigaciones Dr.

Al contrario, al mediar el siglo, era *El Universal* quien sentaba los términos del debate. eran sus corrosivos argumentos y punzantes ironías las que a menudo barrían con sus anonadados colegas. No se trata además de una cantinela tradicionalista repetida *ad nauseum*. Incluso, casi no aparecen dos de aquellos “puntos esenciales” que según Jesús Reyes Heróles los conservadores reprodujeron hasta la necesidad, de 1821 en adelante: la intolerancia y la defensa de los privilegios eclesiásticos (p. 21). Los conservadores de *El Universal* no buscaban revivir “un recuerdo”; aceptaban orgullosamente el título de “retrógrada”, que interpretaban como equivalente a “*verídico*”, esto es, ingenuo como los antiguos, noble y sincero” (p. 347), pero rechazaban como absurdo el de “servil”, interpretado como nostálgico del orden absolutista y virreinal. Inclusive, al lanzarse, como nos dice Palti, a corroer los cimientos de la ideología dominante, a exponer sus inconsistencias (p. 12), actuaban, en opinión de sus contemporáneos, como “los atrevidos innovadores de las instituciones de los pueblos” (p. 203).

Los conservadores de estos años, lejos entonces de ser unos viejos mochos y achacosos que suspiraban por la colonia, aprovechaban jubilosos las “luces” de un siglo que “en medio de otras mil aberraciones [tenía] la ventaja de haber disipado muchas preocupaciones funestas”, lo que les permitía

cuestionar y demoler los supuestos sobre los cuales se intentaba construir el edificio liberal –aunque quizá para mayor precisión habría que describirlo como republicano federal–: soberanía popular, federación, primacía de la razón, interés general, pacto social, etc. *El Universal* se regocijaba de la confrontación y de la controversia, “único elemento de la libertad de ideas” (p. 350). Frente a sus ataques, sus adversarios, *El Monitor republicano* y *El Siglo XIX*, poco más podían hacer para defender las ficciones constitutivas del republicanismo que negar los errores de teoría para hablar de “errores prácticos, errores de aplicación” (p. 353), e insistir en que el “origen de los males públicos” estaba en “las personas y no en las instituciones” (p. 193). De esta forma, se burlaban los conservadores, eran los republicanos, aferrados terca-mente a ideas desprestigiadas y falaces, los “más serviles y esclavos de las ideas de unos cuantos hombres corrompidos, que para ocultar su ambición y maldades se cubrieron con el ropaje brillante de la filosofía” (p. 350).

Palti nos muestra que la crítica de *El Universal* entre 1848 y 1850 no sólo representa un ataque sistemático de inusitada ferocidad y coherencia al sistema que, de forma prácticamente incuestionada, se había instalado en México tras el fracaso del imperio de Iturbide. Además, este diario rompería con el esquema usual del debate político decimonónico, redefiniendo “radicalmente las reglas del juego político” (p. 29). Aquí cabe resaltar la sensibilidad de este historiador a las transformaciones no sólo de los argumentos básicos del debate filosófico o ideoló-

José María Luis Mora/Universidad Nacional Autónoma de México/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Instituto Mexiquense de Cultura, México, 1996, pp. 127-128.

gico –la “indecibilidad” de la legitimidad, la imposibilidad de una ley “conciliadora de todos los intereses”, etc.–, sino a los cambios, más sutiles, de la retórica de los periodistas de *El Universal*, transformación quizá en muchos aspectos más trascendente. Palti explica cómo los conservadores abandonaron el discurso cercano al del litigante, que buscaba, sobre un tema específico, la “lógica acumulativa de prueba [...] el acopio de evidencia para provocar una ‘duda razonable’ en el jurado”. Así, dejaron a un lado estas exposiciones prácticas, limitadas a temas específicos, para adentrarse en la teoría “ceñida a los rigores prácticos de la lógica” (p. 47). Sus argumentos fueron entonces más ambiciosos, más totalizantes, más “ideologizados” (p. 48). Por tanto, el debate adquirió mayores vuelos, pero se volvió también más intransigente.

Para Palti, esta intransigencia iba a imposibilitar el diálogo, pues trasladaba “las cuestiones puntuales al plano de las políticas globales”, en el que las posturas “estaban asumidas por anticipado” (p. 49). Por otro lado, puede también sugerirse que esta intransigencia es sintomática del nuevo papel asumido conscientemente por *El Universal* de actor activo, de contendiente interesado –y no mero discutiendo– en la política, y del cambio en la concepción de ésta, menos percibida ya como el arte del buen gobierno, para adquirir el sentido weberiano de lucha por el poder. Así, los conservadores desdénaron la crítica de *El Monitor* de que no buscaban “más que un fin político”: si no ¿para qué escribir? “¿por pasar el rato, o por divertir a los ociosos?” (p. 296). Aunado a esta actitud iría el “ag-

giornamento” del partido que, para mediados de 1849, abrazaría un credo “moderadamente conservador”, mucho menos belicoso. Palti explica que sus redactores imaginaron que podía establecerse en México “un régimen bipartidista en el que dos grandes fuerzas políticas –conservación y democracia– [...] se distribuyeran pacíficamente los diversos espacios de poder a fin de equilibrarse de manera mutua” (p. 55). Aquí, Palti marca la “ambigüedad fundamental” de la situación de los periodistas de *El Universal*, con su aversión a las facciones políticas y su afán por conformar un “sistema de partidos”. Sin embargo, no queda claro si, a ojos de estos hombres, los partidos –¿en el sentido “moderno” de organizaciones políticas permanentes?– pasan de ser “la plaga de las sociedades y el germen de continuas discordias” (p. 426) a convertirse en un elemento necesario para el buen funcionamiento de la vida política. De ser así, parecería que los conservadores estaban dispuestos a abandonar lo que François-Xavier Guerra ha denominado el “ideal de unanimidad” que tan profundamente ha marcado a la cultura política mexicana. Frente al empeño de liberales –véanse los artículos “Más sobre gobiernos” de *El Monitor* (pp. 415-424)– y santanistas por crear un partido “verdaderamente nacional”, dueño de la verdad, y que por tanto tendría que serlo también del gobierno, los conservadores –¿su fe regenerada por el triunfo electoral en las elecciones municipales de 1849?– se decían dispuestos a jugar el juego político moderno.

Por otro lado, el análisis de Palti, tan fino en tantos aspectos, nos deja

no obstante poco satisfechos. Es cierto que la principal tarea de la introducción a una antología es plantear los problemas centrales que los textos exponen, iluminar las principales aristas del debate y, sobre todo, picar al lector. Sin duda Palti cumple con esto con creces. Sin embargo, desconcierta un poco que, dado lo desmitificador de su análisis, no haya intentado penetrar, iluminar, desmenuzar el supuesto “monarquismo” de los redactores de *El Universal*. Afirma que el “mérito de los monarquistas radicaría menos en la consistencia política e ideológica de su programa (cuyos basamentos eran sumamente precarios) como en su habilidad para empujar a sus opositores a confrontar sus propios límites” (p. 11). Totalmente de acuerdo, pero, ¿podemos hablar de un programa monarquista ahí donde –salvo contadas excepciones (p. 409, por ejemplo)– sólo los adversarios del periódico conservador hablan de “monarquía”? Nunca aparece, en los artículos recopilados por Palti, la adhesión franca y sin ambages de *El Universal* a un programa monárquico, como lo fueron el proyecto liberal de José María Gutiérrez Estada, y el de *El Tiempo*. ¿No sorprende al compilador este silencio? ¿Por qué la palabra “monarquía” utilizada en sentido positivo se ha vuelto impronunciable? Podemos quizá suponer que, si se enseñaron de tal forma en contra de la República –en este momento, cabe recordarlo, federativa, representativa y popular–, los conservadores no podían ser sino monarquistas. Pero, ¿no estamos entonces transformando al binomio república/monarquía –como sucede con liberalismo/conservadurismo– en una

dicotomía “cuasi eterna”, que quizá era menos evidente en la época?

Lo vergonzante del monarquismo de *El Universal* proviene quizá de unas leyes de prensa que “expresamente prohibían el cuestionamiento del sistema federal” (p. 34). Hemos visto lo eficientes que fueron estas leyes para impedir que Alamán, Aguilar y Marrocho y Diez de Bonilla pusieran como trepadero de mapaches a la república, a la federación y a todos sus sacrosantos principios; las razones son otras. Los redactores de *El Universal* buscaban resolver los dilemas que planteaba el constituir un gobierno sólido en el contexto del mundo posrevolucionario. Rechazaban como irracionales e hipócritas los principios republicanos, “liberales”, “progresistas”, de soberanía popular, de soberanía estatal, de la existencia del “interés general”, etc. No obstante, los conservadores decían querer construir, esperaban inventar un modelo de gobierno eterno, “enarbolando una bandera flamante, digna de la ilustración de este siglo” (p. 402). Siguiendo a Balmes, decían no entusiasmarse demasiado con “este o aquel sistema” de gobierno. Intentaban encontrar una combinación que funcionara. ¿Qué tanto eran monarquistas? En el último capítulo de su *Historia de Méjico*, en el que receta posibles remedios a la desesperada situación del país, Lucas Alamán revisaba con interés la Constitución francesa de enero de 1852, todavía republicana. Alababa que ésta hubiera reforzado al ejecutivo y reducido el número y las atribuciones de los representantes de la nación.² No obs-

² Lucas Alamán, *Historia de Méjico, desde los primeros movimientos que prepararon su*

tante, le preocupaba la posible impunidad del príncipe-presidente. Para México proponía idear un medio para impedir “el efecto de una providencia ilegal” por parte del presidente, “dejando la calificación y castigo para un juicio de residencia bien establecido”.³ Claramente, don Lucas no era un republicano entusiasta, pero difícilmente podría describirse aquí como monarquista.

De esta forma, los textos recopilados por Palti no sólo exhiben las “aporías del liberalismo”. También muestran lo profundo que habían calado su discurso y sus principios. Los supuestos monarquistas de *El Universal* —que, si lo eran, no quisieron admitirlo— hablaban de la urgencia de desechar aquellas nociones peligrosas y peregrinas que impedían se consolidara “un poder que respete los derechos individuales, que los custodie y los contenga con igual fuerza” (p. 177). Sólo éste podría hacer efectiva la libertad, “verdadera y justa”, “tan interesante y dulce” (p. 186). Por esto ellos consideraban que su proyecto —que, como indica Palti, apenas podemos entrever— era “más liberal que el de nuestros decantados federalistas” (p. 182). Así, la lucha política e ideológica decimonónica se desarrollaba dentro de márgenes liberales: según *El Universal*, no quedaban en el país “más que liberales”, divididos en “dos grandes bandos: los *conservadores*, los *no conservadores*” (p. 427). En una bonita imagen, la cuarta

independencia en el año de 1808 hasta la época presente, Editorial Jus, México, 1942, tomo v, pp. 582-588.

³ *Ibid.*, p. 589.

de forros del libro de Palti dice que, a partir de los ataques de los conservadores, el discurso liberal se convirtió en “una red llena de agujeros”. Estos textos, de gran riqueza y complejidad, nos sugieren también que, a pesar de los agujeros, y utilizándola de forma muy distinta, esta fue la red con la que la mayoría de los hombres políticos del XIX mexicano quiso pescar.

Erika Pani
INSTITUTO MORA

¿“Monarquistas” o “liberales”? *Ideas y lenguaje en el pensamiento mexicano del siglo pasado*. Una respuesta a Erika Pani

Quiero, en primer lugar, agradecer a Erika Pani la dedicación y el interés que su reseña de *La política del diseño* revela. Mi conclusión, luego de leer la misma, es que ambos coincidimos respecto de las cuestiones fundamentales. Nuestras diferencias de interpretación relativas a la filiación política de los “monarquistas” son, entiendo, en verdad menores —incluso estaría dispuesto a aceptar, con algunas observaciones, la definición de “liberales” (entre comillas) para los “monarquistas” (entre comillas). Quisiera, pues, en esta respuesta que los redactores de *Secuencia* me han gentilmente solicitado, repasar e insistir en aquellos puntos que me unen con Pani, y que considero los decisivos para articular una perspectiva histórica que torne significativos los escritos en cuestión.